

hoy escribe

Pablo Sorozabal(*)

zelatan

La doma del indomable

La foto muestra al jerarca cultural caminando a través de un amplio vestíbulo a la derecha de su amo, un alto capostote del Estado. Es la inauguración de uno de esos templos estatales del arte donde el arte es inmisericordiosamente secuestrado, prostituido y domesticado por las clases dominantes. El jerarca tiene el pelo blanco y lleva los brazos caídos, ligeramente ahuecados sobre los flancos, como alas de gallina. Entre los abiertos faldores de la americana la hebilla del cinturón asoma casi desafiante, breve brillo metálico que, bajo los relámpagos de los fotógrafos de prensa, reivindica su indiscutible mérito de garantizar que al jerarca no se le caerán los pantalones en tan solemne ocasión. En la instantánea vemos su pierna izquierda algo rezagada bajo los grises pliegues de la tela del pantalón. El cuerpo se apoya resueltamente sobre el pie derecho, en un bien medido esfuerzo por guardar el paso a la debida distancia del capostote, distancia que, controlada por el sesgo que el jerarca imprime a su tronco, no debe resultar, y no resulta, excesivamente próxima ni excesivamente lejana: la distancia justa de la sumisión. El capostote, por su parte, camina hierático, erguido, cual si quisiera parecer aún más alto de lo que es, en su progresión hacia las entrañas del templo en compañía de su séquito. Los ojos del jerarca miran al capostote atentamente. Su mirada es horizontal, a la altura exacta del nudo de la corbata de su amo. Es una mirada ávida, feroz, codiciosa incluso, pero atemperada por la mansedumbre. Los labios esbozan un rictus rectus, una mueca sonriente de cartón piedra. No lo hace mal el jerarca, en ningún caso peor que lo hiciera cualquier otro jerarca de antaño y hogaño. Sabe muy bien que a los altos capostotes del Estado hay que sonreírles, pues así lo establecen los cánones no tanto del protocolo como de la Providencia más o menos divina que a él le ha nombrado jerarca gubernamental, y en consecuencia les sonríe, aunque él sabe también que sonreírles, lo que se dice sonreírles de verdad, es imposible, motivo por el que, consciente o inconscientemente, recurre al rictus, a la acartonada

mueca que remeda la sonrisa auténtica. Recurre, en fin, a un visaje equidistante entre la sonrisa bobalicona y la sonrisa autodespreciativa. Antaño, el jerarca cultural era comunista. Un comunista clandestino, conspirante, subversivo. Conocía no sólo los riesgos, sino los compromisos de la lucha. Luchaba —o al menos tal se suponía que lo hiciera— por la destrucción del sistema capitalista y por la subsiguiente construcción del socialismo. Luchaba —o al menos era lógico imaginarlo— por la república popular como forma de gobierno hasta que el triunfo final del comunismo hiciera ociosa toda forma de gobierno. Pero pasó el tiempo y sus ideas e ideales se desvanecieron, desvanecimiento que desembocó en la reconversión a la realidad que antes combatiera. La doma del indomable se había consumado. Sólo quedaba la recompensa, y he aquí al antiguo insurgente, al otrora subversivo, convertido en funcionario del sistema contra el que antes combatiera. Ahora ese mismo sistema, aquel de entonces —no otro, sino ese, aquel mismo— se ha disfrazado de «democrático». Ahora imperan las elecciones, las urnas, y ello a nuestro jerarca le basta y le sobra para justificar su conversión en funcionario al servicio del Estado y sus clases ocupantes. Sin duda él también habrá «descubierto», como otros colegas suyos convertidos o reconvertidos, a los guardianes del Orden y la Ley del sistema, organizados en sus diversos Cuerpos armados hasta los dientes, los mismos que no hace muchos años eran para él el sinónimo de represión e inhumanidad. Perfectamente sabe él que son los mismos y hacen lo mismo a los mismos de siempre, pero ahora, en cambio, sentirá por ellos un fervoroso entusiasmo, por su abnegada y eficiente labor cotidiana en defensa de la unidad de la patria y la felicidad de la banca contra sus contumaces enemigos clandestinos, conspirantes, subversivos, «terroristas y bandidos», como él lo fuera antes, bajo los que gravita, como gravitaba antes para él, el peso de exactamente la misma ley, aunque ahora la ley tenga otro nombre, claro,

pues algo tenía que cambiar. Una de las principales ilusiones de nuestro cultural jerarca será, a no dudarlo, contribuir a la celebración, en fechas venideras, del V Centenario de la esquilmanza y exterminio de los indios americanos por parte de España. Conmovedor habrá de ser, voto a bríos, verle de nuevo en las instantáneas de prensa caminando por vestíbulos, corredores, atrios y beneméritos cuarteles a la vera de los grandes capostotes del Estado y los altos mandamases del sistema capitalista. Un sagaz pensador marxista definió las novelas del actual funcionario como paradigmáticas del «realismo socialista». Y no se equivocaba respecto a eso, sus novelas (las primeras). Pero cómo se equivocó respecto a su autor! Esta clase de equívocos está, sin embargo, a la orden del día y ya ni llaman la atención. ¿Cuántos son hoy los comunistas no reconvertidos al y por el sistema capitalista e imperialista? ¿Cuántos los incapaces de dejarse domar, de negarse a recibir recompensas, de rechazar el opróbrio de ese largo viaje por los vestíbulos del templo estatal oficiando al servicio de los altos capostotes? ¿Cuántos son los subversivos, los insurgentes, los clandestinos, los «bandidos y terroristas» de hace unos años que, hoy, no impriman a sus bien trajeados cuerpos el mismo sesgo que nuestro jerarca imprime al suyo en los pasillos cuando acompaña a su señor? Los convertidos y reconvertidos, los indomables domados exhiben su aparente felicidad no sin cierta impudicia. Se les ve siempre rodeados de señoras y señores en galerías, hemiciclos, restaurantes y templos. Pero en el fondo están solos. Miserablemente solos. Ellos lo saben. Saben que están en la más patética e irremediable de las soledades. Lo saben y no lo soportan, como tampoco se soportan a sí mismos. Por eso fruncen los labios en un rictus sonriente, bobalicono y autodespreciativo, mientras clavan sus ojos vacíos en el nudo de la corbata de sus amos. Podrían inspirar piedad, si no fuera porque dan un poco de asco.

(*) Músico. Escritor

Ugazabak eta gerenteak

Ugazabak bere interesen arauera gidatzen du bere enpresa Gerenteak, aldiz, bere buruz ahanzi eta beste baten interesen arauera jokatzen du, uzgabaren zerbitzuan hitz batez. Ugazaba bere buruaren jabea delarik gerentea uzgabaren morroia besterik ez da. Gerentea nagusiarekiko leialago eta morroiaigo. Zenbat eta eragileago eta saiatuago eta hainbat eta salduago eta bere interesekiko arrotzago.

Euskal politikagintzan ere horixe da egoera. Espainiar legetasunaren barruan (eta Estatuotaren barruan hortaz) PNVEk gaur daukan ekintza aukera basteen enpresan gerente leialak daukan ekintza aukera berbera da alegia, morroiauren aukera. Rekaldek bezain ongi daki hau Arzallusek. Gasteizen eta Iruñean espainiar interesen arajerako gerentzia umil pare bat besterik ez dago.

1.945ean, 1.975ean, 1.988an beti hitz batez, abertzaletasuna PSOEn irribarrearen truke salduz karlismo hutsen mugitzen da PNV. Madrileko errege eta gutzi. Duen agente itxura hortik dator, «sin perjuicio de la unidad constitucional» hura Esparterekin inoz somatu ez zuen modura errespetatzen du PNVEk. Edozein abertzaleri lotza edozein espainolitari poza emateko moduan. Bestela esanda, Espainiaren gerente hutsak dira jeldikeak, batera Madril enrege orde, prefekto eta korredore.

Gerentzia horregatik jasotzen duen soldata ezaguna da, entxufatu, saldu, zazpiki eta traidore gutziak ongi gientzeko adina diruketa. Mordo gaizta, jakina. Eskuindarek ongi bait dakite enpresako gerente leialak erruz behar direla ordaindu.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Concertación en AP
("ABC", 29-X-1988)

(...)En todo caso, parece claro que si se quiere avanzar seriamente hacia una convergencia de los diversos sectores de centroderecha —AP, CIU, demócrata-cristianos, liberales, centristas y regionalistas—, única fórmula que tiene este bloque de opinión para crear una alternativa sería a los socialistas, es necesario resolver la crisis aliandista de una forma flexible y concertada, superando personalismos estériles. La refundación de AP como partido popular europeo, olvidando la etiqueta conservadora Thatcher, inviable hoy por hoy en España, y la reforma estatutaria, despejarían el futuro. Los sectores consultados por ABC que apuntan esta solución subrayan a la vez la dificultad de alcanzarla. Pero de la inteligencia y del sentido político, tanto de Manuel Fraga como de Antonio Hernández Mancha, se puede esperar que encuentren, sin confrontaciones, una fórmula razonable.

La conjura

(Luis Apostua, "Correo Español", 29-X-1988)

(...) Pero, como en el fondo, entre lo

cantado en la oposición y lo vivido en el poder hay una profunda incongruencia, se abre paso la idea de que es posible y lícita una doble moral. La gente saca la conclusión que para ganar unas elecciones vale el más disparatado y utópico discurso. Lo que se haga después viene autojustificado. Con esto estamos a punto de reinventar la conjura judeo-masónica que lo tapaba todo. Todo el arte consistirá en inventar una formulación nueva de ese enemigo vaporoso para hallar el nuevo discurso electoral de 1990.

Lo malo es que este nuevo argumento del enemigo no puede residenciarse fuera. Para Franco, el aislamiento internacional era una coartada perfecta para echar las culpas a algo que está fuera. Pero ahora tenemos tan soberbia imagen en el exterior que no se puede repetir nada parecido a aquello de "Rusia es culpable". Ahora, al culpable lo tienen que encontrar dentro. Empiezo a imaginarme quién va a ser.

Pillos, inconscientes y bárbaros

(José Félix Azurmendi, "Deia", 29-X-88)

Cuando Eguiguren dice, como acaba de hacerlo, que "con el Estatuto de Autonomía vamos resol-

viendo nuestros problemas, pero no sería excluir una marcha atrás" y lo contempla como "amenaza" a no descartar, algo parece estar temiendo. Cuando Solchaga llama pillos a los del PNV, algún malestar está exteriorizando. Cuando el PSE-PSOE enfoca sus baterías contra EA de la manera como recientemente está haciéndolo, algo preocupante está intuyendo.

Parecería que el intento de dinamitar el Estatuto, este Estatuto o esta manera de "leerlo", no proviene sólo de ETA y HB, como acaba de afirmar también Maturana. La propia insistencia de los líderes del PSE-PSOE en defender que "es el que más amplias facultades tiene, sigue en vigor, es más fuerte que nunca pese a los intentos desestabilizadores de ETA y HB", puede resultar ilustrativa.

Cuando Jáuregui asegura que "Euskadi ha superado la diabólica separación entre nacionalistas y no nacionalistas" y "se ha instalado la división entre demócratas y totalitarios", podría estar proclamando una realidad. Cuando Bandrés se siente obligado a decir que no es necesaria la reforma del Estatuto de Autonomía, pero pide resucitar la ilusión de hace nueve años, lo menos que está diciendo es que esa ilusión, si alguna vez existió, está muerta o dormida.

El calificativo de pillos adquiere una profundidad —más allá de la impetuosidad y mala educación del ministro de Economía y Hacienda— si se enfrenta al análisis de Maturana. Sería bueno dilucidar de una vez por todas si el presente y el fu-

turo económico de las comunidades autónomas vascas es desolador, si es matizadamente esperanzador (versión Milagros García Crespo) y si inciden en él las decisiones políticas como la denunciada desde Iparralde, planteada como un chantaje para que los vascos —del norte y sur— se olviden de veleidades secesionistas y acepten con pragmatismo economicista el futuro diseñado por los Estados en cuestión.

El PNV "calienta el nacionalismo", EA hace el juego a ETA y HB, y éstos ya se sabe lo que quieren. ¿Sigue el Estado más fuerte que nunca? ¿Son sus enemigos internos los propios vascos, como dice Euskadiko Ezkerra? ¿Son unos vascos pillos, otros inconscientes y algunos bárbaros?

